



Sender escucha las palabras del alcalde de Zaragoza. «Vengo a darte la paz —le diría el señor Horno Liria—, a hermanar la orilla izquierda y la derecha».

Crónica del atardecer

SENDER EN ZARAGOZA

UNAS tres mil personas habían ido hasta el gigantesco salón del Centro Mercantil, Industrial y Agrícola, centro de la burguesía zaragozana de la Restauración y sede actual del Ateneo, para escuchar al ilustre Sender, vuelto del exilio. El público, heterogéneo, democráticamente revueltos próceres y pueblo, viejecitos y jovenzanos, transpiraba copiosamente y aguardaba impertérrito. Poco antes de empezar, unas trescientas personas a las que se les impedía la entrada se decidieron a romper la frágil barrera de un conserje e irrumpir en la sala. La estratégica medida no consiguió eliminar a casi nadie de la concentración.

«Queda abierta la sesión», dijo el presidente del Ateneo. Pausa. «Tiene la palabra el señor alcalde de la ciudad», y pasó a recostar su frente en la palma de la mano. Como una ola, los silbidos y fueras se convirtieron en bronca estruendosa mientras el señor Horno Liria (don Mariano) cogía con gesto decidido el micrófono. Su aire dinámico y en apariencia abierto, espejo de un capitalismo y monarquismo de estricta ordenanza oficial, iba a chocar, sin embargo, con los deseos de una gran parte de la concurrencia.

Para bien o para mal, aburrirse o regocijarse, la gente había ido a oír a Sender. El alcalde señor Horno no lo entendió. Durante veinte minutos peleó con toda la fuerza de sus pulmones por hacerse oír. Abuceos intermitentes ahogaban su voz; cuando remitía la protesta colectiva ante alguna frase, el rumor espeso de las conversaciones ahogaba

igualmente sus palabras. También hubo aplausos para hacerlo callar cuando el señor Horno utilizó el viejo recurso del mitin demagógico: forzar la tensión y el ritmo al final de un párrafo y hacer una pausa. Finalmente, el grito de: «Sender, Sender, Sender», repetido por una gran parte de los presentes, llenó todo el ámbito del salón.

Mientras el calor apretaba, se desmayaban tres personas y el sofoco general crecía, el señor Horno, alcalde por designación directa, continuaba casi impasible con su canto al desarrollo y crecimiento de la ciudad. No habló de la especulación implacable del suelo, de los barrios sin agua ni pavimentar, del desierto cultural apenas disfrazado por el oropel de las galas de esta burguesía chocarrera e ignorante, ni de muchas otras cosas. Vino, eso sí, a darle a Sender «la paz», construyó una metáfora político-fluvial: «Quiero que la orilla izquierda y la derecha se den la mano», y tendió su índice —un tanto amenazador— hacia los espectadores, insistiendo: «Cortaré, pero antes lo diré casi todo». Quiso explicarle a Sender hasta cómo es Zaragoza al contraluz del atardecer, desde los montes de Juslibol, pero no le dejaron.

Varios atardeceres se reunieron en el estrado ateneístico. Atardecer de hombres, de conceptos, de formas políticas, de comportamientos. El alba subía de las gentes congregadas y sus rayos deslumbraban al alcalde, a sus acompañantes, y sorprendían a quienes creen que todo debe de seguir siempre igual.

Después habló Sender. Tuvo un rasgo inicial de ingenio cuando dijo que en los «últimos treinta años, los alcaldes, además de ser administradores y promotores, habían adquirido "vena poética"». Hubo algún chistecito más, pero sobre todo privó la pura especulación, llamadas a la quietud: «Todo se arreglará solo, los Estados Unidos tienen muy buena voluntad y lo resolverán». La sorpresa se convirtió en decepción para muchos. Al final, con el gracioso recuerdo de la benefactora Fundación Mediterránea, repetido por el escritor nuevamente, saludó en los medios y se fue.

Unos días antes, un antiguo procurador se negaba a que se hiciera un homenaje a Sender con motivo de la Feria del Libro, aduciendo que «en los momentos difíciles que atraviesa la Patria no puede hacerse un homenaje a uno de los eternos enemigos de España». Como alguien insistiera, dicen las malas lenguas que añadió: «Como le hagáis un homenaje a ese anarquista, me voy a casa a coger el fusil». En este salón del Ateneo las cosas tuvieron, desde luego, otro tono. El beneplácito oficial fue a recibir al escritor, a cantar su obra literaria, a reconocer su aragonésismo. Muchos se unen a la rueda de diti-rambos, aunque sigan persiguiendo después las formas de cultura o ciudadanía que les molesten. El mágico dedo coyuntural señala otros caminos. Obedecer tiene su premio. España, como dijo Valle-Inclán, sigue siendo muchas veces grotesca. ■ JUAN ANTONIO HORMIGON.

PALABRA EN EL TIEMPO

NOVELA

Hermann Broch
PASENOW
O EL ROMANTICISMO

Susan Sontag
EL BENEFACCTOR

Terenci Moix
MELODRAMA O LA
INCREADA CONCIENCIA
DE LA RAZA

Jean Giraudoux
LA MENTIROSA

Virginia Woolf
LAS OLAS

Flannery O'Connor
UN HOMBRE BUENO ES
DIFÍCIL DE ENCONTRAR

Mary McCarthy
PAJAROS DE AMERICA

CINE

Lewis Jacobs
LA AZAROSA HISTORIA
DEL CINE AMERICANO

Pola Negri
MEMORIAS DE UNA ESTRELLA

Herman G. Weinberg
EL TOQUE LUBITSCH

ENSAYO

Román Gubern
MENSAJES ICONICOS EN
LA CULTURA DE MASAS

Mary McCarthy
ESCRITO EN LA PARED

Editorial Lumen

Avda. Hospital Militar, 32 · Barcelona